

## Artikel erschienen in:

*Ottmar Ette, Eberhard Knobloch (Hrsg.)*

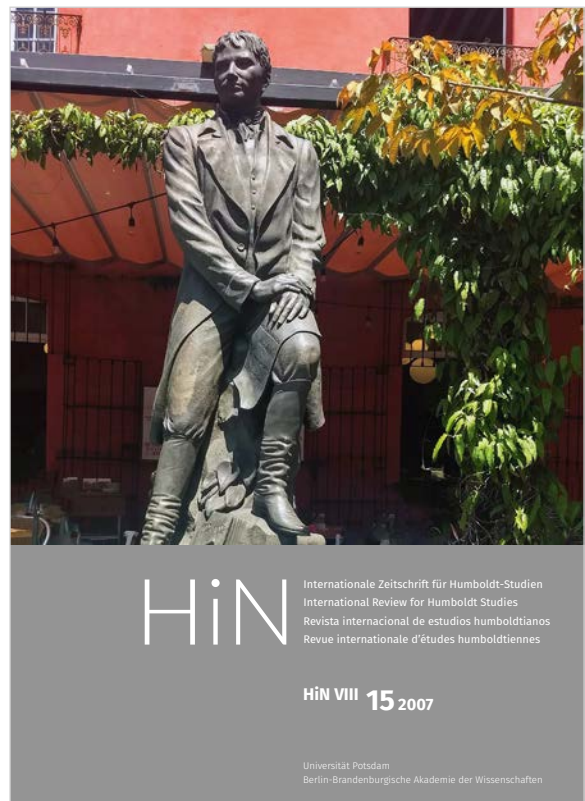
### **HiN : Alexander von Humboldt im Netz, VIII (2007) 15**

2007 – 78 p.

ISSN (print) 2568-3543

ISSN (online) 1617-5239

URN urn:nbn:de:kobv:517-opus-41647



#### Empfohlene Zitation:

José Ángel Rodríguez: Tras las huellas de Humboldt, In: Ette, Ottmar; Knobloch, Eberhard (Hrsg.). HiN : Alexander von Humboldt im Netz, VIII (2007) 15, Potsdam, Universitätsverlag Potsdam, 2007, S. 48–58.  
DOI <https://doi.org/10.18443/101>

Soweit nicht anders gekennzeichnet ist dieses Werk unter einem Creative Commons Lizenzvertrag lizenziert: Namensnennung 4.0. Dies gilt nicht für zitierte Inhalte anderer Autoren:  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.de>





## Tras las huellas de Humboldt:

realidades y fantasía de la naturaleza venezolana en el siglo XIX

José Ángel Rodríguez  
Universidad Central de Venezuela

### Resumen

Esta contribución analiza la estela de influencia dejada por la obra escrita de Alexander von Humboldt en Venezuela. Su recorrido científico expuesto en su obra *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* se convirtió en fuente de consulta e inspiración para otros viajeros que, por razones diversas, recorrieron el país a lo largo del siglo XIX. No fueron pocos los visitantes decimonónicos, alemanes y de otras nacionalidades, que tomaron la obra de Humboldt como una referencia para enfrentar los nuevos paisajes que tenían como objetivo visitar. Se destaca especialmente los casos de los alemanes Louis Glöckler, Friedrich Gerstäcker y Carl Geldner, así como del húngaro Pál Rosti. Hubo, en definitiva, viajeros que vinieron a observar lo que ya el sabio alemán había visto con anterioridad, destacando los prodigios de la naturaleza venezolana, tanto por vía de la escritura como de la pintura y la fotografía.

### Sobre el autor

José Ángel Rodríguez (\* 1953)

Historiador, profesor de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela. Ganador de premios nacionales e internacionales de historia y literatura, investigador de las costumbres, iconos, personajes y oficios venezolanos. Ha sido becario de la Fundación Alexander von Humboldt, asociado a la Universidad de Hamburgo. Autor de *Los paisajes geohistóricos canPeros en Venezuela* (1986), *Alejandro Hernaldez: historias de una pasión* (1988), *El paisaje del riel en Trujillo, 1880-1945* (1994), *Babilonia de pecados: norma y transgresión en Venezuela, siglo XVIII* (1998), *Venezuela en la mirada alemana: paisajes reales e imaginarios en Louis Glöckler, Carl Geldner y Elisabeth Gross, 1850-1896* (2000), *Viaje a la salchicha: Alemania en la mira de un venezolano* (2001), *La historia de la canPa: azúcares, aguardientes y ron en Venezuela, siglos XVI-XX* (2005) y varios otros textos.

## Tras las huellas de Humboldt:

### realidades y fantasía de la naturaleza venezolana en el siglo XIX

José Ángel Rodríguez  
Universidad Central de Venezuela

#### 1. Introducción

El viajero más famoso que ha visitado Venezuela es Alexander von Humboldt. Su recorrido científico expuesto en su obra *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*<sup>1</sup>, se convirtió en fuente de consulta e inspiración para otros viajeros que, por razones diversas, recorrieron el país a lo largo del siglo XIX. En efecto, no fueron pocos los visitantes decimonónicos —alemanes y de otras nacionalidades— que suman alrededor de doscientas personas entre científicos, comerciantes, militares, dibujantes y pintores, que tomaron la obra de Humboldt como una referencia para enfrentar los nuevos paisajes que tenían como objetivo visitar, situación que se prolongaría de igual manera en buena parte del siglo XX y que llega incluso hasta nuestros días. Hubo, de esta manera, viajeros que vinieron a observar lo que ya el sabio alemán había visto con anterioridad, destacando los prodigios de la naturaleza venezolana, tanto por vía de la escritura como con la pintura y la fotografía. Algunos incluso se quedaron en Venezuela a trabajar. El caso más notable, con ciertos visos de tragedia, es el del alemán Louis Glöckler, que utilizó los paisajes físicos y humanos venezolanos para incentivar la venta del país entre sus paisanos. Algunos otros tomaron la obra de Humboldt a manera de guía de viaje, destacando las semejanzas y en particular las diferencias que encontraban, lo que supone una fuente geohistórica de primer orden que encontramos, entre tantos otros, en los relatos de los alemanes Friedrich Gerstäcker y Carl Geldner. Otros, sin embargo, como sucede con el húngaro Pál Rosti, calcularon el itinerario de tal manera que no sólo reeditan el periplo humboldtiano sino que dejan a su pluma, coronada con un criterio de autoridad supremo e irrefutable, la descripción de los paisajes que tienen ante sus ojos...como si nada hubiera pasado en el transcurso del tiempo.

#### 2. El Dorado imaginario de Louis Glöckler

Entre los grandes propagandistas de la naturaleza venezolana figura en primera línea el comerciante Louis Glöckler, gran admirador de Alexander von Humboldt, cuya influencia le hace escoger Venezuela como lugar de destino, donde viviría por 16 años en la ciudad portuaria de Puerto Cabello entre 1834 y 1850. Posteriormente, desde mayo de 1850 a 1868, ocuparía el cargo de cónsul de Venezuela en la ciudad de Hamburgo. En la ciudad hanseática desplegó sus artes a favor de la emigración alemana hacia el país de sus sueños, en el cual moriría y donde, a petición suya, fue enterrado en su hacienda La Fundación en el valle Guataparo en 1872<sup>2</sup>.

La obra publicitaria sobre Venezuela escrita por Luis Glöckler fue editada en 1850. Los resultados no se hicieron esperar: desde el consulado venezolano de Hamburgo, como desde otros menos importantes distribuidos en lugares claves de la geografía alemana como Bremen, Lübeck, Altona, Schwerin, al norte, y Mannheim o Stuttgart al sur, fue necesario despachar todo tipo de informaciones adicionales sobre el país que se presentaba de manera tan positiva. El interés que causó la „*obrita*“, como la llamaba su autor, que decía tener un *corazón venezolano*, no es sorprendente porque salió a la luz pública en un terreno bien abonado de necesidades de diversa índole que buscaban acabar sus padeceres en otras regiones del globo terráqueo, en el continente americano para empezar. Que no se piense lo contrario: Glöckler no era, ni mucho menos, un empresario de la inmigración, como tantos que había en la época, sobre los cuales el alemán tenía muy mal concepto y a quienes ataca en numerosas ocasiones.

La intención de la obra es doble y el autor lo plantea sin equívocos desde el comienzo: el pequeño libro de 42 páginas con un mapa de la república realizado por Agustín Codazzi, lo escribe por el propio interés de Venezuela, por una parte, y en beneficio de sus paisanos que buscan un mundo mejor fuera del terruño, por otra. Por ello presenta un cuadro más que verídico de un país con extensos territorios y escasa población, incapaz de acometer la tarea de llevarlo por el camino del progreso que le estaba casi asignado por la naturaleza la cual, en propias palabras de Glöckler, había bendito al país con todo tipo de riquezas<sup>3</sup>. A él no le cabía ninguna duda: los alemanes estaban casi designados por esa misma naturaleza a explotarlas en provecho propio y en beneficio del país que les daba una oportunidad dorada. Y era así, entre otras cosas, porque „*la aplicación, honradez y carácter pacífico del pueblo alemán* [eran en Venezuela] *bien conocidas y estimadas*“<sup>4</sup>.

Para empezar, Venezuela contaba con suelos suficientes, además de poco o nada explotados, para atender la demanda de gran número de alemanes. Desde el comienzo del libro, Glöckler insistía en que los suelos en el país eran muy fértiles. Por consiguiente, las plantas, por ejemplo de plátanos, apios, papas, ñames o frutas, crecían con gran facilidad y poco trabajo en comparación con Alemania, al punto que en Venezuela se utilizaba el proverbio que aseguraba que „*aquí nadie muere de hambre*“<sup>5</sup>. Nunca plantea en cambio, como lo había hecho su admirado Humboldt, las dificultades de orden físico de extensas áreas del país donde la agricultura era precaria por los suelos, cuando no por la escasez de agua, como las provenientes de la geografía humana.

Bien lo señalaba Humboldt, y aprovechaba Glöckler en exceso: la naturaleza había sido pródiga al dotar al país de caudalosos e innumerables ríos, altas montañas y vegetación exuberante, pero el cónsul de Hamburgo no toma en cuenta las inmensas dificultades que implicaba domeñarla. Igual sucede con la fauna venezolana, tenida como espléndida: lapas, acures o conejos desfilan en las páginas de Glöckler. También los animales feroces que como „leones“ y „tigres“ poblaban las selvas. Los „leones“, estimaba el alemán, eran pequeños y rara vez peligrosos. En cambio los „tigres“, entiéndase cunagueros, podían ser de gran tamaño. Él mismo había cazado unos cuantos, por lo cual sabía de lo que hablaba. No se trataba de fanfarronadas, pues no era Glöckler un hombre presumido, sino una de las diversiones propias de los alemanes en Venezuela. La caza se realizaba, en efecto, en pequeños grupos de amigos, casi todos empleados de casas comerciales, en varias partes del territorio.

Otros animales por ser más pequeños no dejaban de ser peligrosos. Para empezar, estaban las culebras, que rara vez llegaban cerca de las casas, atajaba Glöckler como para disipar miedos atávicos. Las había también muy venenosas pero, recientemente, se había encontrado un antídoto muy eficaz. De esta manera, en uno de sus frecuentes viajes por Venezuela, en compañía esa vez de un naturalista y un artista, los germanos habían sido mordidos por la peligrosa „*mapanare de cuatro narices*“. Glöckler en persona había observado las mordeduras y la eficacia del antídoto *Salmiaktract* que los salvó de la muerte. Eran también de temer los escorpiones, peligrosos ciertamente. No podían faltar los zancudos, a los cuales Glöckler resta importancia cuando se preguntaba „*¿no hay acaso también mosquitos en Alemania?*“. Más aún: en las tierras altas venezolanas se conocían incluso menos que en Alemania<sup>6</sup>.

Glöckler no olvidaba el clima el cual, pese a todo pronóstico, lo consideraba „*generalmente saludable*“. El testimonio inequívoco de Humboldt en cuanto a clima y enfermedades es dejado de lado, como otros aspectos de su obra, debido a las pruebas irrefutables de su propia experiencia. De esta forma, escribía Glöckler, él nunca había sufrido por la fuerte luz solar en los 16 años de su estancia en Puerto Cabello ni de los rigores climáticos, por los cuales otros alemanes languidecían en diversas partes del territorio. En materia de enfermedades, sólo había una vez padecido de fiebre pero eso no fue obstáculo para seguir siendo un hombre saludable y trabajador, quien recorrió incluso varias veces a caballo grandes extensiones del territorio desde el centro hasta al río Apure. No faltaría más de un alemán que revisara en el mapa anexo a la obra esa distancia y quedara perplejo de la hazaña, que lo era, ciertamente.

Glöckler consolidaba sus argumentos climáticos con ejemplos de paisanos, dejando de lado las observaciones y recomendaciones no sólo de Humboldt sino de otros viajeros. Así, durante su estancia en Venezuela, él había conocido alemanes con 20 y 25 años en el país, en especial en Puerto Cabello y en La

Guaira, acostumbrados de tal manera al clima local que no lo hubiesen cambiado de ninguna manera por el crudo invierno alemán, y sus correspondientes tormentas, que duraba 6 largos meses<sup>7</sup>. No cabía ninguna duda: la luz eneguedora del sol venezolano podía animar muchas empresas. Podía hasta incluso hacer abominar los largos periodos de frialdad y oscuridad alemanes, condiciones climáticas duras y avaras con los seres que habitaban tales tierras. Para ponerlo en propias palabras de Glöckler, no había en estas tierras, en efecto „...ningún invierno, de cuya dureza el hombre tuviese que protegerse; la naturaleza permanece aquí con fuerza juvenil, floreciente y generosa en frutos.“<sup>8</sup>

Si el medio físico, botánico y zoológico venezolano sólo ofrecía oportunidades, beneficios y gratas sorpresas, el cultural no se quedaba atrás. Para empezar, la lengua castellana, que podía disuadir a algunos de aventurarse por nuevas tierras, no representaba, como era de esperarse del texto propagandístico, un asunto difícil. De esta manera, Glöckler escribía que los alemanes podían aprenderlo sin grandes dificultades y defenderse desde temprano en asuntos sencillos relacionados con los requerimientos prácticos de la vida cotidiana. Es más, añade el alemán tomando datos de la cultura oral y de su propia experiencia, en la época se decía que los artesanos, dueños de barcos y marineros alemanes lo aprendían con rapidez e incluso sin la ayuda de libros, fama que él mismo comprobaba como cierta. Para aquellos que tenían algún conocimiento previo, o para otros con rudimentos de latín o francés, el aprendizaje del español no iba a significar ninguna dificultad. Advertía también, como para animar a los desconfiados, que en las ciudades portuarias venezolanas se hablaba comúnmente inglés, alemán y francés<sup>9</sup>.

Los venezolanos, para gran sorpresa, tampoco ofrecían ningún problema. Ellos, sencillamente, habían heredado las mejores cualidades del pueblo español. De esta manera, el venezolano típico, era un hombre abierto, amistoso y hospitalario que honraba y amaba su patria y la libertad. Era un pueblo de „heisses Blut“, de sangre caliente, composición sanguínea que lo llevaba, entre otras cosas, a aborrecer la injusticia. Un buen ejemplo del carácter venezolano, acota Glöckler, fue la gesta de la emancipación: entre todas las antiguas provincias españolas fue Venezuela la que ofreció el mayor número de víctimas para conseguir la libertad. Entre líneas es claro que Simón Bolívar constituía, en su opinión, el mejor representante de este pueblo, además de ser el héroe máximo de la guerra de independencia en Venezuela y en toda América<sup>10</sup>.

Pero la felicidad no era completa, bien lo expresaba también Humboldt a lo largo de su obra. Glöckler también lo destacaba desde las primeras páginas de la obra: siempre hay sombras en la vida de los hombres y en Venezuela éstas no faltaban: a pesar de ser una tierra bendita y casi paradisíaca, allí también, como en el jardín del Edén, no faltaba una serpiente<sup>11</sup>. En el jardín venezolano de entonces había más de una, pero Glöckler, a pesar de prometer desde el principio de la obra que no callaría las „sombras“, no las presenta sino de manera edulcorada. Así, en sólo dos páginas donde describe las dificultades del país entre 1830 y 1850, el alemán indica que entre 1835 y 1847 la paz sólo había sido interrumpida en breves ocasiones, lo que no deja de ser cierto. Sin embargo, desde 1847 la situación se tornaba complicada, no por la presencia de encuentros o guerras sangrientas, sino por la inseguridad de las inversiones y la contracción de los créditos en el mercado interno. Pero desde 1850 la situación había mejorado con José Tadeo Monagas, presidente de la República. Glöckler no dejaba de advertir a sus lectores que el extranjero no debía temer por su persona o bienes en tanto no se comprometiera con ningún partido político<sup>12</sup>. Si ese era el caso, el Estado se encargaría de los daños infringidos a sus bienes en tiempos de intranquilidad. Louis Glöckler en persona sufriría en carne propia esa quimera...

El libro entusiasmó a unos cuantos alemanes. Fueron 1200 los que vinieron a probar suerte en esta especie de *Tierra de Gracia* decimonónica. Pero también disgustó a unos cuantos, para empezar a Heinrich Bauch, el segundo cónsul de Hamburgo en La Guaira entre 1850-1858<sup>13</sup>. En una correspondencia al senado de Hamburgo del 9 de julio de 1854, el cónsul criticaba con dureza el escrito de Glöckler el cual, en su opinión, no sólo exageraba las ventajas de Venezuela como país de acogida, sino que desconsideraba la política interior venezolana que, en esos momentos al menos, era la más inadecuada para favorecer y atender la inmigración como era debido. Venezuela, expresaba Bauch, era más que cualquier otro destino de emigración, una tierra donde no se encontraría „kein Eldorado“<sup>14</sup>, vale decir ningún El Dorado, expresión alemana -utilizada incluso hasta hoy día en el habla común- de claro sentido geohistórico que tiene a los Welser detrás de ella.

El mismo cónsul Bauch había señalado en 1848 su admiración por las condiciones físicas y climáticas del país, pero también, y en esto era más perceptivo que su paisano, los peligros del caos que avistaba en el horizonte. A pesar de la carga ideológica del texto, que representa muy bien su conservadurismo hamburgués, por el cual culpa de todos los males del país a la presencia del pensamiento y acción de los liberales, su testimonio es rico en detalles y profético de las divisiones políticas, económicas y sociales, que culminarían con el estallido de la cruenta Guerra Federal en 1859 y que asolaría gran parte del „bello país“ hasta 1863.

Otros cónsules alemanes en los albores de la Venezuela independiente eran de la misma opinión de Bauch en el sentido de desaconsejar la emigración. Para empezar, el cónsul Blohm, el primero en ejercer el cargo en La Guaira, alertaba en carta del 30 de mayo de 1838, a las autoridades hamburguesas sobre cualquier acción en ese sentido. Y lo hacía basado en las mismas razones que Glöckler daba como positivas en 1850. La percepción ambiental de Blohm era, en este sentido, muy distinta porque veía en el clima uno de los elementos contrarios al éxito de la integración alemana. También la lengua la consideraba un obstáculo, por no hablar de las costumbres o la gran modestia alimentaria venezolana, a la cual habrían de acostumbrarse los inmigrados, que consistía básicamente de raciones diarias de maíz y caraotas<sup>15</sup>. Por su parte, el cónsul Strohm de Bremen escribía muy tempranamente, el 20 de abril de 1831, al alcalde de la ciudad que no podía considerarse la emigración hacia Venezuela hasta tanto no se ejerciera aquí, entre otras cosas, la tolerancia<sup>16</sup>.

Algunos años más tarde, y debido a las grandes dificultades internas políticas, económicas y sociales alemanas, el Síndico de la ciudad de Hamburgo preguntaba al cónsul en La Guaira su apreciación sobre la posibilidad de la emigración de alemanes hacia Venezuela. La respuesta de Blohm no se hizo esperar. En una carta fechada el 29 de septiembre de 1841, describió con crudeza la suerte de 5.000 inmigrantes canarios que no habían tenido ninguna buena experiencia en el país. Remataba asegurando que los alemanes no tenían aquí nada que buscar: el clima, el desorden y el ambiente de indecisión hacían las cosas difíciles<sup>17</sup>.

Louis Glöckler, por el contrario, fue uno de los alemanes más positivos que haya pisado el país en el siglo XIX. Positivo hasta el punto de perder el sentido de la realidad y de aconsejar cosas que lo mantuvieron luego en ascuas en su patria. Para empezar, el clima que tanto alababa el alemán no era benigno y trastornó la vida de muchos emigrados que no se acostumbraron al trabajo en climas muy calientes. El tema de las enfermedades es quizá de mayor alcance y cabe a Glöckler la culpa de no presentar el asunto de los males tropicales con mayor objetividad.

Glöckler había vivido 16 años en Puerto Cabello y si bien él había experimentado una sola vez fiebre, esa condición de buena salud personal no era suficiente para generalizar y escribir como lo hizo. Tampoco era serio escribir sobre clima y salubridad en base del destino de varios alemanes de muy buena salud, y mejor suerte, que poco se enfermaron. En ese sentido, el texto del alemán contiene una buena dosis de irresponsabilidad. Tampoco era Puerto Cabello en la época que vivió allí Glöckler (1834-1850), era un lugar ni mucho menos sano. Tampoco lo era La Guaira, otro puerto de entrada de inmigrantes incautos.

En el caso de los inmigrantes de Glöckler, los temores de los cónsules hanseáticos se cumplieron: un grupo de ellos sufrió de la fiebre amarilla en Caracas, lo que le costó no pocos sinsabores en Alemania, donde fue demandado en diversos tribunales. También mucha pena interior por haber ilusionado a algunos paisanos que encontraron aquí la muerte y no el ansiado paraíso. En efecto, uno de los peores asuntos que Glöckler tuvo que enfrentar en su país fue la muerte de centenares de paisanos víctimas de la fiebre amarilla en Caracas. A decir verdad, Glöckler no era el solo responsable, pero la prensa alemana lo tomó como el chivo expiatorio más cercano. La otra parte del escándalo lo protagonizaron el gobierno venezolano y no pocos hacendados. De esta manera, los alimentos solicitados para los recién llegados no habían sido dispuestos, ni atendidos sus requerimientos a su llegada a los puertos venezolanos. Además, algunos hacendados habían dado „un trato poco humano a los inmigrados“, lo cual dejaba bastante mal parado al gentilicio venezolano que el libro de Glöckler había destacado como abierto, amistoso y hospitalario. Por si fuera poco, algunos inmigrados con dinero, que contaban con recursos entre 6 y 800 pesos, y hasta uno con „1200 pesos en plata“, reclamaron terrenos baldíos para invertir su dinero en ellos pero „se devolvieron

de Venezuela por no haberles sido posible hacerse de ellos“. No cabe duda: el *Unordnung* (desorden) sobre el cual había alertado el cónsul Blohm en 1841 se había manifestado con todo rigor<sup>18</sup> y dado al traste con un plan de inmigración alemana a Venezuela convertida, por obra de Glöckler, en un espejismo de Tierra de Gracia decimonónica.

### 3. Con Humboldt en el equipaje

Los viajes a Venezuela del húngaro Pál Rosti (1857) y de los alemanes Carl Geldner (1866-1867) y de Friedrich Gerstäcker (1868) confirman que la obra de Alexander von Humboldt sobre sus viajes americanos no era sólo materia de discusión en los círculos científicos de la época, sino también un texto altamente apreciado como guía de viaje, que usan por igual tanto eruditos, agregados militares como sencillos agentes comerciales.

La obra de Alexander von Humboldt proporcionaba, entre otros aspectos, a los nuevos viajeros un camino a seguir, asunto más que evidente en las páginas de Pál Rosti<sup>19</sup> sobre Venezuela, país que visitó por 5 meses en 1857 cuando tenía él 27 años. Es más, todo el periplo de Rosti por el continente americano, que contempló Estados Unidos, México y Cuba, es un calco de la obra del viajero alemán. En el caso venezolano, por ejemplo, parte de la realidad era más grata en la obra de Humboldt que la observada por Rosti, viajero encantado por la naturaleza, ciertamente, pero cargado de tantos prejuicios que fue incapaz de penetrar en la realidad social debido a sus resabios sobre los criollos. Lejos está su discurso de valorar acaso alguna virtud, como lo hacía en exceso Glöckler. Más todavía, como escribe con cierta indignación, y con inequívocas huellas de superficialidad: „En vez de adoptar los criollos, puntos de vista y costumbre europeas, son los europeos los que poco a poco se vuelven criollos: aclimatándose en poco tiempo espiritual y físicamente si es que antes no mueren“, como les endilga particularmente a los alemanes que viven en Ciudad Bolívar, urbe del Orinoco<sup>20</sup>.

Una de las características del texto de Pál Rosti sobre Venezuela son sus constantes llamados a la obra de Humboldt, *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, de la que cita en exceso. Es así que al comentar, por ejemplo, el terremoto de Caracas de 1812, sobre el cual el húngaro tuvo la oportunidad de observar lo que Humboldt no tuvo ocasión, vale decir las ruinas que todavía se vislumbraban en la urbe, deja a los „datos auténticos“ del alemán, algo más de tres páginas, todo lo relacionado con el sismo, como si Humboldt hubiese sido testigo presencial<sup>21</sup>, para pasar luego él mismo a la descripción de la ciudad en la cual no observó „ningún adorno“ debido a las continuas guerras civiles, que no le permitían „su florecimiento, su renacimiento“. Allí el autor pasó solamente un mes y encontró la comunicación difícil „debido a la celosa reserva de los caraqueños hacia el forastero“<sup>22</sup>. Esta visión de la urbe caraqueña y su gente difiere enormemente del testimonio de otros viajeros coetáneos, como el del consejero Miguel María Lisboa de Brasil, que observa nuevas edificaciones y reparaciones de antiguas construcciones, en especial los templos, además de una vida cultural animada<sup>23</sup>.

La parte más débil del testimonio de Pál Rosti descansa, justamente, en la descripción de una de las áreas más visitadas en Venezuela debido, entre otros aspectos, a las magníficas descripciones que hiciera Humboldt sobre su geografía física y humana: los llanos. En sus propias palabras, el húngaro expresaba que „Mi más ardiente deseo era conocer este magnífico territorio, y había escogido (...) la ruta que medio siglo antes había seguido Humboldt, acompañado de Bonpland.“ En otras palabras, desde Villa de Cura, vía Calabozo, hasta San Fernando de Apure. Sin embargo, el viajero fue convencido por los nativos de cambiar su periplo humboldtiano por razones climáticas: Humboldt había realizado la ruta en el mes de marzo, vale decir al final de la temporada seca, y no entre mayo y junio, vale decir en plena temporada de lluvias, como era el caso de Rosti. Y en esta época, bien lo sabían los lugareños, lo que encontraría el húngaro serían „inundaciones, (...) numerosos caimanes y tigres, (...) fiebres perniciosas y toda clase de males“. Por ello, Rosti habría de cambiar la ruta: al llegar a Villa de Cura se desvió a Chaguaramas y de allí a Cabruta, a la orilla del Orinoco, una ruta más segura<sup>24</sup>. De allí siguió en vapor para Ciudad Bolívar.



Los llanos divisados por Rosti en 1857 habían sufrido transformaciones de los contemplados por Humboldt en 1800. Sin embargo, el criterio de autoridad del alemán es tan fuerte, que Rosti prefiere dedicar un capítulo de su obra al camino de los llanos recorridos por el alemán dejando su propia experiencia para más adelante. En sus propias palabras, Rosti pide permiso al lector para citar „algunas descripciones del gran viajero“, que toman al final 17 páginas de su propia obra, porque „pintan con tan fieles y vívidos matices las regiones llaneras, su flora, los modos y molestias del viaje“ que, en su concepto, lo relevaban „fatalmente de este trabajo, que además –dadas mis aptitudes- sólo podría realizar con imperfección“<sup>25</sup>. No toma en cuenta el sumiso viajero húngaro que el „gran viajero“ había visitado el llano 57 años antes y que en ese periodo la geografía física y humana había sufrido notables modificaciones, tal como ha quedado más que demostrado en la obra de Pedro Cunill Grau<sup>26</sup>. Por fortuna, la fotografía no existía en la época del „gran viajero“ alemán, lo que no inhibe al húngaro de tomarlas en su periplo, y que constituyen el aporte más importante de la obra de Rosti, quien realizó las primeras fotografías paisajísticas que, en el caso de Venezuela, totalizan 10 imágenes, tomadas entre marzo y agosto de 1857, de un gran valor documental<sup>27</sup>.

La obra de Alexander von Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, utilizada como guía de viaje crea grandes expectativas en los viajeros que intentan seguir la huella del sabio alemán. La confianza puesta en el texto humboldtiano hace que, en la mayoría de los casos, no se tome en cuenta, como hemos visto en el caso de Pál Rosti, que el hombre es un agente geomorfológico por excelencia, que transforma los paisajes en el tiempo, y que también la misma naturaleza transforma el paisaje. En otras palabras, que el paisaje a visitar años después no es el mismo que el descrito por Humboldt a comienzos de siglo, menos todavía cuando a los viajes los separa una distancia de más de medio siglo.

Ahora bien, la observación en directo de algunos paisajes no dejó de ser decepcionante: el texto de Humboldt crea en el lector una especie de retrato mental que en oportunidades no se corresponde del todo con las nuevas circunstancias paisajísticas, en particular cuando se interpone el tiempo. Más de un viajero decimonónico experimentó esa sensación, al comparar lo descrito por Humboldt –y sobre lo cual tenía visiones adicionales por vía de las imágenes que sobre América pululaban en Europa- con la realidad. Fue el caso, por citar un ejemplo, del viajero comercial Carl Geldner, quien visitó Cumaná, en la ruta hacia Ciudad Bolívar en la búsqueda de El Dorado, en 1867. Cuando observó la ciudad desde lejos, la emoción de Geldner ante el paisaje coincide con la de Humboldt a comienzos de siglo, pero cuando pone el pie en tierra firme, se da cuenta que la ciudad había cambiado a tal punto que „ya no se percibía nada del bienestar de la ciudad, tal y como la viera Alexander von Humboldt“ debido tanto a los movimientos sísmicos, que habían asolado a la urbe en 1839 y 1853, como a la desolación causada por las constantes revoluciones. De esta manera, anotaba Geldner, la impresión de la ciudad le resultó „desconsoladora“ porque en vez de „caminar entre calles bien construidas uno va entre ruinas“<sup>28</sup>.

Entre los decepcionados con partes de la realidad figura Friedrich Gerstäcker, quien visitó Venezuela en 1868. Muchas ilusiones había colocado Gerstäcker sobre su viaje por el Orinoco, en particular con el reino de las criaturas de la noche, sobre cuyos sonidos había experimentado gran placer a través de la lectura de la „Vida nocturna de los animales en la selva virgen“, pequeño ensayo de Humboldt que forma parte de sus *Retratos de la naturaleza*. La fuerza de las descripciones de Humboldt habían fascinado a Gerstäcker de tal manera que, según sus propias palabras, „siempre guardé a Venezuela y al Orinoco en mi memoria y al fin no tuve reposo hasta no haberlos visitado por mí mismo.“ Pero, como sucede a menudo, Gerstäcker confesaba que o bien no había encontrado lo que esperaba con tanta ansiedad o, y allí estriba el problema, „quizás sólo fue que de mi fantasía le agregué a Humboldt mucho que no correspondía a la realidad“<sup>29</sup>. Dicho en otras palabras: de la impresionante y estupenda algarabía fáunica que escuchó Humboldt por el Orinoco, el nuevo viajero, que hizo también el viaje en noches de luna y en el mes de mayo, no quedaba nada. A decir de Gerstäcker, él no había escuchado nada, „excepto una sola vez el breve rugido de un tigre, la llamada de las golondrinas nocturnas antes y después de la caída de la noche, pero con frecuencia el grito de las aves acuáticas, sobre todo el de un ave grande que suena muy semejante al de un tigre y, por supuesto, viene desde lo alto de un árbol“. Desconsolado, afirmaba al final, que solamente los grillos „chirrían y silban toda la noche“ para comprobar, en su caso, que „la enorme selva se extendía casi siempre sepulcralmente silenciosa“<sup>30</sup>.

Otros viajeros tuvieron mejor suerte que Gerstäcker en cuanto a sonidos nocturnos de la selva se refiere. Uno de ellos fue el expedicionario y pintor francés Auguste Morisot, quien visitó Venezuela entre 1886-1887, que destaca con profusión en su obra las „voces profundas de la selva“<sup>31</sup>. ¿Sería acaso porque Morisot desconocía totalmente la obra de Humboldt?<sup>32</sup>.

#### 4. A modo de conclusiones

La obra escrita de Alexander von Humboldt constituye hasta el presente un libro de consulta fundamental sobre los paisajes venezolanos. Sus páginas han estimulado, además, a numerosos viajeros a visitar los espacios geográficos que él conociera entre 1799 y 1800. En algunos casos, esa naturaleza sirvió de estímulo para considerar a Venezuela como el país perfecto para que los alemanes emigraran, tal como hemos visto en el caso de Louis Glöckler, cuyos resultados no fueron satisfactorios, y que en algunos casos terminaron con la trágica muerte de los inmigrados. En otros casos, los viajeros calcan el viaje de Humboldt al punto de intentar seguir el mismo itinerario del sabio alemán, muchas veces imposible por las condiciones climáticas, como observamos en Pál Rosti quien, además, delega en Humboldt la descripción de no pocos paisajes para el público húngaro, en particular los llanos, debido a una sumisión académica extrema que ignora incluso que los paisajes descritos por el sabio alemán datan de comienzos de siglo XIX y no de 1857. Geldner y Gerstäcker, cada uno enfrentado a diversos paisajes venezolanos, sienten en carne propia el paso del tiempo desde la época de Humboldt: para el primero fue desconsolador pasear por Cumaná, que había cambiado totalmente desde 1799 debido a la acción de sismos y de diversas revoluciones. Para el segundo, fue una decepción su contacto con la selva nocturna, donde no escuchó los sonidos sobre los cuales Humboldt había escrito con profusión, acaso porque Gerstäcker había añadido al texto fantasías de su propia cosecha.

#### 5. Bibliografía

CUNILL GRAU, Pedro

- 1987 *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 3ts.  
2002 *Diario de Augusto Morisot (1886-1887)*. (Exploración de dos franceses a las fuentes del Orinoco). Caracas: Fundación Cisneros/Editorial Planeta.

DORRONSORO, Josune

- 1983 *Pál Rosti: una visión de América Latina: Cuba, Venezuela y México, 1857-1858*. Caracas: Galería de Arte Nacional.

HUMBOLDT, Alejandro de

- 1991 *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*. (Traducción de Lisandro Alvarado). Caracas: Monte Avila Editores, 5 tomos.

GELDNER, Carl

- 1998 *Anotaciones de un viaje por América. 1866-1868*. (Prólogo Miguel Angel Burelli Rivas. Introducción Helga Weissgärber. Traducción al castellano por Beatriz y Eric Lerbs y José Ángel Rodríguez). Caracas: Asociación Cultural Humboldt/Oscar Todtmann Editores.

GERSTÄCKER, Friedrich

- 1968 *Viaje por Venezuela en el año 1868* (Traducción de Ana Maria Gathmann). Caracas: Facultad de Humanidades y Educación de la UCV.

GLÖCKLER, Louis

- 1850 *Venezuela und die deutsche Auswanderung dorthin, Venezuela und die deutsche Auswanderung dorthin*. Schwerin.

- LISBOA, Miguel María  
1954 *Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela.
- RODRÍGUEZ, José Ángel  
2000 *Venezuela en la mirada alemana. Paisajes reales e imaginarios en Louis Glöckler, Carl Geldner y Elisabeth Gross, 1850-1896*. Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado y Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV/ Fundación Edmundo y Hilde Schnoegass.
- ROSTI, Pal  
1968 *Memorias de un viaje por América*. Caracas: Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.
- WALTER, Rolf  
1985 *Los Alemanes en Venezuela (Desde Colón hasta Guzmán Blanco)*. Caracas: Asociación Cultural Humboldt.

\* \* \*

## Notas al pie

- <sup>1</sup> Esta obra fue publicada por primera vez en Venezuela por la Biblioteca Venezolana de Cultura, Ministerio de Educación, en 1942. En este texto utilizamos, sin embargo, la de 1991. Humboldt desembarcó en Cumaná el 16 de julio de 1799 y partió para Cuba el 24 de noviembre de 1800.
- <sup>2</sup> Más detalles sobre el particular en mi libro *Venezuela en la mirada alemana. Paisajes reales e imaginarios en Louis Glöckler, Carl Geldner y Elisabeth Gross, 1850-1896*. Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado y Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV/Fundación Edmundo y Hilde Schnoegass, 2000.
- <sup>3</sup> *Venezuela und die deutsche Auswanderung dorthin*, Schwerin, 1850; p.31. Todas las traducciones del alemán al español de la obra de Louis Glöckler han sido efectuadas por quien suscribe.
- <sup>4</sup> *Ibid.*, p.40.
- <sup>5</sup> *Ibid.*, p. 9.
- <sup>6</sup> *Ibid.*, p.11.
- <sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 6-7.
- <sup>8</sup> *Ibid.*, p.10.
- <sup>9</sup> *Ibid.*, p.41.
- <sup>10</sup> *Ibid.*, p.5.
- <sup>11</sup> *Ibid.*, p.12.
- <sup>12</sup> *Ibid.*, p.4.
- <sup>13</sup> Este es el periodo que señala Rolf Walter en su obra *Los Alemanes en Venezuela (Desde Colón hasta Guzmán Blanco)*. Caracas: Asociación Cultural Humboldt, 1985; p.182. Sin embargo, en nuestro trabajo de archivo en Hamburgo, encontré cartas de Bauch antes de 1850 en las cuales firmaba como cónsul.
- <sup>14</sup> Staatsarchiv, Hamburgo, *Senat* 111-1, 163 Id.
- <sup>15</sup> Staatsarchiv, Hamburgo, *Senat*, 111-1, k.l.g. 2, 1.
- <sup>16</sup> Staatsarchiv, Bremen, C16 Ila, 1c 2b.

- <sup>17</sup> Staatsarchiv, Hamburgo, *Senat* 111-1, k.l.g. 2, 1.
- <sup>18</sup> Staatsarchiv, Hamburgo, *Senat* 111-1, k.l.g. 2, 1.
- <sup>19</sup> *Memorias de un viaje por América*. Caracas: Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, 1968.
- <sup>20</sup> *Ibid.*, p.207.
- <sup>21</sup> *Ibid.*, pp.48-52.
- <sup>22</sup> *Ibid.*, pp.52 y 72.
- <sup>23</sup> *Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela, 1954. Sobre Caracas léanse las páginas 65-74.
- <sup>24</sup> Pal Rosti, *Memorias de un viaje por América*, op. cit. pp.137-138.
- <sup>25</sup> *Ibid.*, p.143.
- <sup>26</sup> *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1987, 3ts.
- <sup>27</sup> Más detalles sobre el viajero húngaro en la obra de Josune Dorronsoro, Pál Rosti: una visión de América Latina: Cuba, Venezuela y México, 1857-1858. Caracas: Galería de Arte Nacional, 1983.
- <sup>28</sup> Carl Geldner, *Anotaciones de un viaje por América. 1866-1868*. (Prólogo Miguel Angel Burelli Rivas. Introducción Helga Weissgärber. Traducción al castellano por Beatriz y Eric Lerbs y José Ángel Rodríguez). Caracas: Asociación Cultural Humboldt/Oscar Todtmann Editores, 1998; p.153.
- <sup>29</sup> *Viaje por Venezuela en el año 1868* (Traducción de Ana Maria Gathmann). Caracas: Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, 1968; p.127.
- <sup>30</sup> *Ibid.*, p.128.
- <sup>31</sup> *Diario de Augusto Morisot (1886-1887)*. Caracas: Fundación Cisneros/Editorial Planeta, 2002; p. 358.
- <sup>32</sup> En palabras del mismo Morisot: „Yo ignoraba hasta ahora el viaje de nuestros predecesores. Chaffanjon me había hablado de Humboldt y Bonpland en Caracas como de los primeros europeos en subir hasta la Silla, y eso era lo único que sabía de ellos.“ El mismo se disculpa unas líneas más adelante de su ignorancia: el viaje de Chaffanjon a Venezuela, en el cual Morisot figuraba como el pintor de la expedición, había sido decidido rápidamente y el joven francés no había podido leer nada sobre el país que iba a visitar. *Ibid.*, p.440.